

Semana del 6 al 12 de julio de 2014 (DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO)

“Hacerse pequeño para recibir el Reino”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Zac 9,9-10: “Tu rey viene pobre a ti”

Salmo: 144,1-2.8-9.10-11.13-14: “Te ensalzaré, Dios mío, mi rey”

2ª Lectura: Rom 8,9.11-13: “Si con el Espíritu dan muerte a las obras de la carne, vivirán”

Evangelio: Mt 11,25-30: “Soy manso y humilde de corazón”

Del Santo Evangelio Según San Mateo (Mt 11,25-30) +++ Gloria a Ti, Señor

En aquella ocasión Jesús exclamó: “Yo te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has mantenido ocultas estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, pues así fue de tu agrado.

Mi Padre ha puesto todas las cosas en mis manos. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo se lo quiera dar a conocer.

Vengan a mí los que van cansados, llevando pesadas cargas, y yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy paciente y humilde de corazón, y sus almas encontrarán descanso. Pues mi yugo es suave y mi carga liviana.”

Palabra del Señor / Gloria a ti, Señor Jesús

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

El Evangelio de esta semana es muy breve, pero verdaderamente sustancioso, y está compuesto de tres partes: **1º)** La admirable oración que Jesús eleva a nuestro Padre.

2º) El llamado que nos hace, para aliviarnos de todas nuestras fatigas, explicándonos que Él tiene el Poder suficiente para cambiar todo aquello que se deba cambiar. Lo dice claramente: *“Mi Padre ha puesto todas las cosas en mis manos.”*

3º) Finalmente, su invitación a imitarlo en la práctica de dos virtudes: en la mansedumbre y en la humildad de corazón, que precisamente, según Él mismo nos explica, son los dos requisitos para encontrar el alivio que el Señor nos ofrece: el alivio que trae la verdadera paz del alma.

¿Por qué calificamos de *“admirable”* la oración del Señor? En primer lugar, porque no puede dejar de admirarnos y maravillarnos la forma en la que se dirige a Su Padre, que es nuestro Padre: con ese tono, que refleja a la vez solemnidad y proximidad; respeto y al mismo tiempo confianza...

“Yo te alabo, Padre...” le dice, y el Diccionario de la Real Academia Española nos explica que “alabar” quiere decir elogiar, “celebrar con palabras”... Yo te ensalzo, te enaltezco, te encumbro, te honro, te aplaudo y te glorifico... Yo expreso, con mi boca, lo maravilloso que Eres... ¡Eso es “yo te alabo”!

En segundo lugar, nos admira el motivo de esa alabanza: lo alaba porque en su infinita Sabiduría, en su infinita Justicia y en su omnipotencia (es decir, en su absoluto poder), el Padre ha querido que los sabios, los conocedores, los que se creen capaces de comprenderlo todo, no entiendan nada de “estas cosas”, y porque en cambio, quiso Dios que sí las entendieran los más sencillos... los que son tenidos a menos y muchas veces son humillados por aquellos que se creen muy sabelotodos...

Luego Jesús reafirmará esa omnipotencia del Padre diciéndole *“Sí, Padre, pues así fue de tu agrado”*... Como diciéndole: “así lo quisiste, para confusión de muchos, y así lo hiciste, porque Tú lo puedes todo, y es maravilloso que así sea...”

Ahora sí se hace necesario saber a qué “cosas” se refiere Jesús, al decir que están veladas para los más sabios y son reveladas a los más sencillos: Entre los versículos 21 y 24 de este capítulo; es decir, en los cuatro versículos anteriores al pasaje que hoy releímos, Jesús ha reprochado a las ciudades en las cuales había realizado la mayoría de sus milagros, porque a pesar de ellos (porque

a pesar de haber visto, muchas personas, una serie de prodigios) la mayoría de sus habitantes no se habían convertido.

“¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! –dice el Señor en el versículo 21- *Porque si en Tiro y Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han realizado en ustedes, seguramente se habrían arrepentido, poniéndose vestidos de penitencia y cubriéndose de ceniza.*” Y luego agrega una sentencia terrible: **“en el día del Juicio, Sodoma será tratada con menos rigor que ustedes.”**

En realidad, la sentencia no es directamente para Corozáin y Betsaida, sino que utiliza metafóricamente a esas dos ciudades para referirse a los habitantes de todas las ciudades del mundo, y de todos los tiempos, a través de la historia... a todas las personas que, teniendo la oportunidad de convertirse hacia el Señor, la desperdicien.

Así pues, entendemos que la “cosa” que Dios permite ver a los más sencillos (y que, por el contrario, pareciera “ocultar” a los más encumbrados) **es la necesidad de conversión personal.**

La pista sobre este asunto, la hallamos leyendo atentamente desde el inicio este capítulo 11 del Evangelio de Mateo, en el que Jesús comienza hablando con sus discípulos acerca de Juan el Bautista: el que había sido enviado por Dios para preparar el camino para la llegada del Mesías, por medio de un “Bautismo de Conversión”, de arrepentimiento y purificación, simbolizado con el agua.

La clave de este capítulo, y de toda esta temática, pareciera estar concentrada en el versículo 12, en el que Jesús manifiesta: **“Desde los días de Juan Bautista hasta ahora, el Reino de Dios es cosa que se conquista, y los más decididos son los que se adueñan de él.”**

Los más decididos serán habitualmente los más sencillos, los más pequeños; aquellos que quizás, porque no tienen mucho qué perder (pueden más fácilmente negarse a sí mismos y cargar su Cruz para seguir a Jesús), y por tanto, se deciden por Él y se convierten hacia Él. La humildad es la llave de la conversión y de la salvación.

En cambio, la conversión será siempre más difícil para los más encumbrados, para los que sobresalen, según los valores y la lógica de este mundo, porque ellos parecieran ya tener su pedacito de “cielo” en esta tierra, y por eso sentirán que no necesitan de la **“Fe”** en una Redención, no necesitan de la **“Esperanza”** en una vida eterna mejor, ni de la **“Caridad”**, como norma básica de existencia y de convivencia; pues por el contrario, desde su perspectiva, lo que importa es **sumar** dinero, poder, elogios, influencia... sin importar a quién se tenga hacer daño para lograrlo.

Como vemos hasta el momento, con sólo haber analizado un poquito la oración de Jesús, nos damos cuenta de que este pasaje evangélico es muy aleccionador (como advertíamos al principio), y nos permite además comprender por qué las cosas están como están en este mundo... Pero hay un asunto que es todavía mucho más enriquecedor, en lo que me toca a mí y a ti, a cada uno de nosotros ahora...

Jesús dice **“Vengan a mí los que van cansados, llevando pesadas cargas, y yo los aliviaré.”** ¿Quién puede decir que su vida transcurre “como una taza de leche”...? ¿Quién puede vanagloriarse diciendo que no necesita ayuda, fortaleza, ánimo y muchas veces consuelo, para seguir adelante...? Por lo general, sólo las personas soberbias, una vez más: los que se creen dueños del mundo, y están dispuestos a llevárselo todo por delante...

Pero la inmensa mayoría de las personas requiere de un aliento especial, de un espacio y un tiempo, de un “algo”, que muchas veces no se sabe explicar, algo que le dé esa energía necesaria para transitar diariamente por el camino de la vida... El deseo, la necesidad de Dios es una

característica común de todos los hombres y mujeres de todos los tiempos. Todos tenemos “Sed de Dios”. San Agustín empieza sus “Confesiones” con una incomparable frase: *“Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti.”*

Por su parte, Santo Tomás explica que el hombre tiene un *“deseo natural de Dios”*, porque, como hombre creado, sólo puede aspirar a lo que puede alcanzar su propia naturaleza. Pero como hombre histórico (es decir, trascendente) ha sido elevado a la vida de la gracia, ha sido hecho “hijo de Dios”; de modo que Dios mismo es el objeto de su deseo; un deseo que llega a hacerse natural por don y por gracia, como algo gratuito que se hace propio de la naturaleza humana desde el comienzo.

Decía Santo Tomás que la meta a la que aspira el hombre es la vida íntima de Dios, a alcanzar la *“corriente Trinitaria de amor”*, a introducirse en las relaciones divinas entre las tres Personas Divinas, en la paternidad, la filiación y la “expiración pasiva” (es decir, el aliento, la exhalación, el sople...): tres aspectos del amor eterno, hasta llegar a la comunión con Dios, que sacia sin saciar, que llena todas las aspiraciones humanas de amor, de belleza, de verdad, de bondad, de unidad, de eternidad, de plenitud, en un descanso que es a la vez actividad del que tiene “vida eterna”, una vez superado el tiempo de prueba...

Pero sin llegar a analizar profundamente esa aspiración espiritual (que como decíamos, se ha hecho ya natural al hombre, por medio de la gracia) están las necesidades incluso físicas y materiales del ser humano, necesidades que a veces no se alcanza a explicar cómo es que se “satisfacen”; de dónde es (sino de la Providencia de Dios) que se sacan las fuerzas y los recursos para seguir batallando, para trabajar y avanzar día a día.

¡Qué triste es, para el que no cree en Dios, sentirse librado a su propia suerte! ¡Qué vacía satisfacción, creer que todo se lo debe a sí mismo, a su esfuerzo personal y a su “suerte”! ¡Qué oscura perspectiva, el comprender que su vida es sólo un tránsito desde el útero materno hacia la tumba, sometido a los vaivenes del azar! Alguien decía por allí que *“El momento más triste para un ateo es cuando se siente agradecido y no sabe a quién dar gracias”*; así como es muy triste ser creyentes y no ser agradecidos...

En este Evangelio Jesús nos invita directamente a acercarnos a Él, para encontrar en Él el reposo, la energía, la fuerza, la verdadera Paz, el alivio a todos nuestros males... Nos dice que tiene todo el poder para *“cambiar nuestra suerte”*, si creemos que es eso lo que de verdad necesitamos: ***“Mi Padre ha puesto todas las cosas en mis manos.”*** (Nos dice claramente). Pero a pesar de ese poder, no nos promete que aquí se acabarán nuestros problemas...

Y así nos acercamos al tercer mensaje de este Evangelio, que nos debe ayudar para que, si bien no se acaben, al menos sí se hagan absolutamente llevaderos nuestros conflictos, problemas y agobios... Es una enseñanza de vida. A nuestro criterio personal, la más importante enseñanza de Jesús, después de resumir toda la Ley en el amor a Dios y al prójimo...

Si analizamos bien las cosas, veremos que este asunto parece un contrasentido... Jesús, después de llamarnos, porque se supone que estamos cansados, nos dice: “Carguen con mi yugo”... Uno se preguntará, bueno, ¿vamos de Guatemala a Guate-peor...? ¿Estoy cansado de cargar con mis problemas y Él me pide que cargue más...?

Pero aquí es donde viene lo que quizás llegue a ser la clave de este Evangelio para muchos de nosotros: El Señor nos dice *“aprendan de mí, que soy paciente y humilde de corazón, y sus almas encontrarán descanso.”*

Como dijimos algunas veces ya en estas catequesis: La única oportunidad en la que Jesús nos dice “**sean como Yo**”, es decir, que se nos pone directamente Él como ejemplo, es ahora, para ilustrarnos, para ayudarnos a encontrar esa verdadera Paz... ¡Cuántos problemas nos evitaríamos si fuésemos más mansos y humildes!

Como decíamos, el Señor no nos ofrece una vida sin problemas... ¡Al contrario! Más bien nos dice “háganse de nuevos problemas”... Textualmente, nos dice “*carguen con mi yugo*”, y humanamente, un yugo siempre será un problema; pero al final nos dirá “...*mi yugo es suave y mi carga liviana.*” ¡Y claro!: si tratamos realmente de asimilar e imitar su mansedumbre y su humildad, seguro que todo problema o contrariedad serán “una nadita”...

Pero a eso estamos llamados como cristianos ¿verdad? A parecernos a Cristo, ¿y por dónde vamos a empezar, sino exactamente por donde Él nos lo recomienda...? ¡¡¡Mansedumbre y humildad!!!

LA MANSEDUMBRE: Es una virtud que nos ayuda a sufrir tranquilos y con calma las adversidades, las injusticias, las persecuciones, los descréditos, las críticas y las injurias. Consiste en ser dócil, sumiso y sufrido con quien te maltrata y aún te aborrece. Si quieres que los demás toleren tus defectos, si quieres que perdonen y hasta olviden, si tienen motivo de queja contra ti, pues lo mismo debes practicar tú con todos los demás.

LA HUMILDAD: El Diccionario de la Real Academia Española nos dice con mucha precisión que la humildad “es la virtud que consiste en el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades, y en obrar de acuerdo con ese conocimiento.”

Desde nuestra fe, un corazón humilde es aquel que, reconociendo la miseria humana y la omnipotencia divina, sólo quiere y busca hacer la voluntad de Dios; que desea sólo lo que es más aceptable para el Señor, aquello que más le agrada a Él, con total resignación y abandono absoluto de cualquier deseo o pretensión personal.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) ¿Soy consciente de que para comprender las enseñanzas de Jesús debo pensar con sencillez?
- b) ¿Hasta qué punto procuro imitar a Jesucristo en la mansedumbre y en la humildad de corazón?
¿Me doy cuenta de que ese es el único camino que el Señor me aconseja, para poder encontrar la verdadera paz de mi alma?
- c) ¿He entendido que el alivio y el descanso que ofrece Jesús no es igual al bienestar económico o el éxito social que promueve el mundo? ¿Estoy dispuesto a aceptar ese alivio, y no el que quizás yo desearía encontrar?
- d) ¿Me someto, soy manso y acepto con humildad las respuestas que el Señor me da?, ¿o me impongo y trato de resolver **YO MISMO** las cosas a **MI** modo?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio se concederá la palabra a los participantes de la Casita para que expresen sus opiniones, reflexiones y comentarios, buscando la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica

2603 Los evangelistas han conservado las dos oraciones más explícitas de Cristo durante su ministerio. Cada una de ellas comienza precisamente con la acción de gracias. En la primera (Cfr. Mt 11,25-27 y Lc 10,21-22), Jesús confiesa al Padre, le da gracias y lo bendice porque ha escondido los misterios del Reino a los que se creen sabios, y los ha revelado a los “pequeños” (los pobres de las Bienaventuranzas). Su conmovedor “¡Sí, Padre!” expresa el fondo de su corazón, su adhesión al querer del Padre, adhesión de la que fue un eco el “Fiat” de su Madre, en el momento

de su concepción, y que anticipa lo que dirá al Padre en su agonía. Toda la oración de Jesús está en esta adhesión amorosa de su corazón de hombre al “misterio de la voluntad” del Padre (Cfr. Ef 1,9).

544 El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para “anunciar la Buena Nueva a los pobres” (Lc 4,18). Los declara bienaventurados porque de “ellos es el Reino de los cielos” (Mt 5,3); a los “pequeños” es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes. Jesús, desde el pesebre hasta la cruz, comparte la vida de los pobres; conoce el hambre, la sed y la privación. Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (Cfr. Mt 25,31-46).

2778 Este poder del Espíritu que nos introduce en la Oración del Señor se expresa en las liturgias de Oriente y de Occidente con la bella palabra, típicamente cristiana: “parrhesia”, que quiere decir simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado.

2785 Un corazón humilde y confiado que nos hace volver a ser como niños; porque el Padre se revela a los “pequeños”: Es una mirada a Dios y sólo a Él, un gran fuego de amor. El alma se hunde y se abisma allí en el santo amor y habla con Dios como con su propio Padre, muy familiarmente, con una entrañable ternura de piedad (San Juan Casiano).

Padre nuestro: este nombre suscita en nosotros todo a la vez, el amor, el gusto en la oración, y también la esperanza de obtener lo que vamos a pedir ¿Qué puede Él, en efecto, negar a la oración de sus hijos, cuando ya previamente les ha permitido ser sus hijos? (San Agustín).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CA 156 Hoy serán despreciados, marginados, calumniados, pero mañana serán buscados y llamados, al ver que ustedes tienen el verdadero alimento. Yo, su Señor, Me abriré paso entre la multitud para encontrarlos, procuren amados, estar al último, no busquen los primeros puestos porque los ignoraré. Sólo la oración acompañada del verdadero ayuno los hará dignos siervos del Señor. Encadenen la soberbia con la Plegaria Humilde del Santo Rosario, vayan meditando para que encuentren la verdad.

7.- Virtud del mes de Julio: La Fe (Catecismo de la Iglesia Católica: 1666—2609—2690—2087—2088—2089)

La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque Él es la verdad misma.

Esta Semana veremos el canon 1666, que dice textualmente lo siguiente:

1666 El hogar cristiano es el lugar en que los hijos reciben el primer anuncio de la fe. Por eso la casa familiar es llamada justamente “Iglesia doméstica”, comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y de caridad cristiana.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CA 112 Cuánto aprecio la fe y la premio parcialmente en la tierra. Y los conflictos de hoy son los acontecimientos trascendentales del mañana, porque seguirme de verdad, significa poner como base de la propia existencia no cosas fáciles sino conflictos consigo mismo y con el mundo que los rodea. Tendré en cuenta justamente estos conflictos, porque Yo obro de manera muy distinta a la de la criatura, la cual trata de olvidar lo difícil y acomodarse en lo fácil. Pero al fin, de todo lo que han huido será lo que permanezca. Es decir: la Cruz temida, soportada con pena y, en todo caso, recibida con sentimientos de conflicto, será la única cosa que quede para dar testimonio de ustedes. Por tanto, **la regla aunque no lógica directamente es: cada uno vale tanto cuanto sabe sufrir.**

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: Aplicaré en mi vida estas dos cualidades de Jesús: Para ser manso, me amoldaré a mi prójimo, y para ser humilde, soportaré cualquier ofensa sin agredir ni guardar rencor a nadie.

Con la virtud del mes: Haré que mi presencia sea siempre signo de paz en la familia, la comunidad y el trabajo.

9.- Comentarios finales:

Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.